Corazón de mandarina

Cathy Cassidy

The chocolate box girls

Más de **2.000.000** de ejemplares vendidos

DESTINO

The chocolate box girls

Corazón de mandarina

Cathy Cassidy

Traducción de
Julia Alquézar

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2017
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.
© del texto, Cathy Cassidy, 2012
Título original: *The Chocolate Box Girls. Summer's Dream*
© de la traductora: Julia Alquézar, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: enero de 2017
ISBN: 978-84-08-16408-1
Depósito legal: B.24.503-2016
Fotocomposición: Aura Digit
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Alguna vez has querido algo tanto que ha llegado a dolerte? Supongo que todo el mundo habrá estado en esa situación alguna vez, solo que yo no deseo un vestido nuevo, un gatito o un portátil rosa. Ojalá. No, mi sueño es más ambicioso, y tan difícil de conseguir que me atormenta.

Ni siquiera es un sueño poco habitual: probablemente montones de chicas lo compartan. Cualquiera que haya asistido a una clase de baile, o se haya puesto unas alitas de hada para dar saltos por el comedor, probablemente albergue la esperanza de poder subirse a un escenario y que el público le lance rosas rojas a sus pies. En mi caso, ese sueño no ha sido flor de un día: no lo he cambiado por un amor incondicional a los ponis, a alguna estrella del pop o por algún chico. Incluso ahora que tengo novio, mi sueño sigue intacto.

Quiero bailar, ser primera bailarina y meterme en el papel de Giselle, Copelia o Julieta, vestirme como la princesa cisne, con un tutú blanco hecho de plumas, y emocionar al público, hacer que se ponga en pie. Quiero bailar, ¿y sabes qué?: cuando tenía nueve o diez años no parecía una idea tan loca.

Empujo la puerta del Estudio de Baile de Exmoor y entro con la bolsa de ballet. Llego pronto, una hora antes de que empiece mi clase, pero el pequeño estudio que los mayores usan está vacío a esa hora, y la señorita Elise siempre me ha dicho que puedo usarlo cuando quiera.

Y últimamente me interesa usarlo mucho.

El vestíbulo está a rebosar de niñas con maillots rosas que se ríen, hablan y toman zumo y galletas para reponer fuerzas en el tiempo libre que tienen entre el final de la escuela y el inicio de la clase de baile; también hay otras que hacen cola con sus mamás para apuntarse a las clases de verano. En otro tiempo, yo era como ellas.

Era buena. En todos los exámenes sacaba una mención de honor, bailaba en medio del escenario en todos los espectáculos del centro y me acostumbré a que la señorita Elise dijera a la clase: «No, no, chicas, prestad atención: ¡mirad a Summer! ¿Por qué no podéis bailar todas así?».

Mi hermana gemela, Skye, solía poner los ojos en blanco y sacarme la lengua, y en cuanto la señorita Elise se daba la vuelta, toda la clase se echaba a reír.

Ahora bien, espero no haberme expresado mal: siempre me tomé muy en serio el baile, aunque Skye no lo hiciera. Yo

lo amaba. Me apunté a todas las clases que la escuela de danza ofrecía: claqué, contemporáneo, jazz, urbano... pero el ballet ha sido mi primer y auténtico amor siempre. En casa, devoraba libros sobre chicas que superaban todos los obstáculos para hacer sus sueños realidad. Tenía un póster de Angelina Ballerina, y vi el DVD de *Billy Elliot* tantas veces que lo desgasté. Cuando leía sobre danza o veía películas, mientras soñaba despierta, me dedicaba a practicar. Porque incluso entonces sabía que ser buena no era suficiente. Tenía que ser la mejor.

Papá me llamaba *su pequeña bailarina*, y a mí me encantaba. Cuando tienes muchas hermanas que son listas y talentosas, debes esforzarte un poco más de lo habitual para que se fijen en ti. Supongo que soy algo perfeccionista.

La señorita Elise le dijo a mamá que pensaba que yo era lo suficientemente buena para hacer una prueba para la Royal Ballet School, que ella se encargaría de organizar las audiciones cuando cumpliera once años. Yo estaba tan emocionada que creía estar a punto de explotar. Imaginaba un futuro de zapatillas en punta, maillots y músculos doloridos, un futuro en el que bailaría con un tutú de plumas en el escenario de la Royal Opera House.

Parecía tenerlo tan cerca que estaba al alcance de la mano.

Sin embargo, todo se desmoronó de repente. Papá nos abandonó y se mudó a Londres, mientras nuestra familia se hacía pedazos. Durante meses, mamá parecía inconsolable y devastada. Las peleas se sucedían: por las visitas de papá, por el pago de la manutención, por todo. Mi hermana ma-

yor, Honey, estaba furiosa y culpaba a mamá de lo que había ocurrido.

«Seguro que papá siente que ella no lo quiere —nos decía Honey—. Han tenido muchísimas broncas. Pero papá no puede evitar tener que viajar mucho, ¡es un hombre de negocios! Y mamá no deja de molestarlo: ¡ha conseguido ahuyentarlo!»

Sin embargo, yo no estaba segura de que nada de eso fuera cierto, pues hacía tiempo que papá pasaba menos tiempo con nosotras y más en Londres. Y mamá no lo molestaba, sino que más bien procuraba recordarle con mucha calma lo genial que sería que estuviera en casa para el cumpleaños de Coco, el domingo de Pascua o, incluso, para el día del Padre. Bastaba una mención así para que se desatara una pelea descomunal, en la que papá gritaba y daba portazos, y acababa con mamá hecha un mar de lágrimas.

Recuerdo que a la pregunta de por qué se marchaba papá me respondió que, si bien seguía queriéndonos mucho, hacía demasiado tiempo que las cosas no eran perfectas. En su momento, no me pareció una razón de peso. Cuando las cosas no son perfectas, tienes que esforzarte para que lo sean, ¿no? Obviamente, mi padre pensaba de forma distinta.

Días después de la ruptura, Skye, mi gemela, anunció que ya no quería seguir yendo a la clase de ballet, que en realidad solo iba por mí. Ese descubrimiento me costó un gran disgusto. Siempre pensé que Skye y yo lo sabíamos todo la una de la otra... y resultó que estaba equivocada. Skye tenía un montón de pensamientos que yo desconocía.

«Summer, no quiero seguir pegada a ti como si fuera tu sombra», me dijo. Una bofetada no me habría dolido más. Parecía que estuviera soltando amarras y me dejara a la deriva justo en el momento en que más la necesitaba.

Si alguien hubiera arrasado mi vida, haciéndola pedazos y los hubiera machacado después en un ataque de ira, los daños no habrían sido mayores. Así que... bueno, tras la marcha de papá, todo el asunto de la escuela de ballet no podía prosperar, eso estaba claro.

Pasé bien las audiciones regionales, pero cuando llegó la fecha para ir a Londres, mi cabeza era un revoltijo de preocupaciones y miedos. ¿De verdad podía dejar a mamá tan pronto después de la ruptura? ¿Podía dejar a mis hermanas? Esas preguntas eran todo un dilema.

Había acordado con papá que él me llevaría a la audición, puesto que vivía en Londres, pero llegó tarde a recogerme y, cuando finalmente apareció, yo estaba hecha un manojo de nervios. Bailé fatal, y cuando los jueces me preguntaron por qué pensaba que merecía una plaza en la Royal Ballet School, no se me ocurrió ni una sola razón.

—Da igual —dijo papá exasperado mientras me llevaba de vuelta a casa—. Tampoco es para tanto. El ballet no es más que una afición, ¿no?

Sus palabras fueron la gota que colmó el vaso. El ballet me importaba muchísimo, lo era todo para mí. Pero ese día dejé de ser la *pequeña bailarina* de mi padre. Había perdido su respeto, ya no tenía nada especial, era una más de sus hijas, con una afición por el ballet.

Como era de suponer, no me ofrecieron ninguna plaza.

—No te culpes —me dijo mamá—. Has estado bajo mucha presión, y no debería haber confiado en tu padre para llevarte a tiempo. Ya verás como tendrás más oportunidades.

Sonreí, pero las dos sabíamos que había echado por tierra una oportunidad única en la vida.

«De todos modos, jamás lo habrías conseguido —susurró una voz triste y amarga en el interior de mi cabeza—, te estabas engañando a ti misma.»

Intenté acallar esa voz, pero no conseguí olvidarla por completo. De hecho, esa voz ha estado merodeando por mi cabeza e interfiriendo en mis pensamientos dispuesta a menospreciarme cuando menos lo espero

De eso hace ya dos años. Ahora tengo trece y me sigue encantando bailar. Mis notas continúan siendo buenas y también consigo buenos papeles en los espectáculos. Las cosas en casa van mejor. Ahora papá vive en Australia, pero, de todos modos, antes de mudarse tampoco lo veíamos mucho. Mamá tiene un nuevo novio, Paddy, que es bueno y divertido, con el que es fácil llevarse bien. Se casan dentro de unos días. Paddy tiene una hija, Cherry, así que tengo una hermanastra, y me cae genial.

Mi hermana mayor, Honey, sigue siendo una pesadilla, especialmente desde que Paddy y Cherry se mudaron, pero tengo a Skye y Coco, un novio y buenos amigos en los que apoyarme. En la escuela voy bien. Sé que debería ser feliz... pero no lo soy. Aunque fastidié mi oportunidad de bailar de forma profesional, sigo teniendo ese sueño.

En el vestuario desierto que está junto al estudio de los mayores, me quito el uniforme escolar y lo doblo cuidadosamente; a continuación me pongo las medias y el maillot. Es como si me fuera quitando las capas del mundo exterior, real. Vestida con mi ropa de baile me siento ligera, limpia, libre.

Me suelto las trenzas, me cepillo el pelo poniendo especial cuidado en deshacer los enredos del día y vuelvo a trenzármelo firmemente, para poder recogérmelo alrededor de la cabeza. Lo he hecho tantas veces que ni siquiera necesito un espejo. Me siento en el banco de madera y saco las zapatillas de puntas de mi bolsa. Me calzo las zapatillas de satén rosa y me ato los lazos bien apretados, ocultando los cabos tal y como la señorita Elise me ha enseñado. Me pongo de pie y salgo del vestuario, entro en el estudio vacío, donde brillan los relucientes espejos. Junto a la puerta, meto las puntas de mis zapatillas en la caja de resina para no resbalarme sobre el suelo de madera. Enciendo el reproductor de CD, y la música se despliega a mi alrededor colándose por cada poro de mi piel.

Cuando bailo, mis problemas desaparecen. No importa que papá se haya marchado, ni que las heridas de mi familia sigan abiertas. Ni siquiera importa que no pudiera entrar en la Royal Ballet School.

Respiro hondo y corro, y levantándome en puntas, arqueo los brazos hacia delante, y me lanzo, girando, perdiéndome en la música. Cuando bailo, el mundo desaparece, y todo es por fin perfecto.